

Un Sancho Panza caballeresco

Amalia Iriarte Núñez



Fotografía de la obra *Los incontados: un tríptico*. Mapa Teatro. 2014. Fotógrafo: Felipe Camacho

En numerosas ocasiones, el texto de *El Ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* nos lleva a poner en duda los juicios y valoraciones que se han lanzado sobre sus protagonistas, así provengan del autor-narrador de la novela o parezcan tener su aval. Constantemente se nos incita a ver en cada veredicto, no una sentencia inapelable, sino un eslabón en el complejo proceso vital de los personajes, cuyos actos y palabras frecuentemente desmienten lo que de ellos se afirma. Así como no podemos quedarnos con la primera imagen de Alonso Quijana, de quien dice el narrador que por causa del mucho leer y del poco dormir se le secó el

cerebro, tampoco se puede reducir a Sancho Panza al rústico y simplón aldeano “de muy poca sal en la molla”, palabras con las que se lo introduce en el capítulo vii de la Primera Parte, porque este personaje — como su amo — va a dar tantos vuelcos y a mostrar tal variedad de facetas, que al final de la lectura tenemos la impresión de haber destapado una caja de sorpresas.

Sancho acepta ser escudero de un caballero andante y recibir en pago el gobierno de una ínsula, aceptación que podría achacarse a su ingenuidad campechana. Pero el entusiasmo

con el que describe, al final de la Primera Parte, su profesión escuderil, ya no es producto de un no saber. Al contrario, ya sabe bastante: ha sido testigo de muchas locuras de su amo, ya ha sido apaleado, manteado y burlado; no ha visto ni rastros de ínsulas pero sí ha dormido a la intemperie, lo han aterrado estruendos nocturnos y ha tenido que soportar hambre y sed. Entiende, pues, muy bien, lo que implica su elección, a pesar de lo cual insiste en seguirla. De regreso a casa hace a su esposa este elogio de su nuevo oficio y del mundo caballeresco en el que ahora vive:

[...] no hay cosa más gustosa en el mundo que ser un hombre honrado escudero de un caballero andante buscador de aventuras. Bien es verdad que las más que se hallan no salen tan a gusto como el hombre querría, porque de ciento que se encuentran, las noventa y nueve suelen salir aviesas y torcidas. Sélo yo de experiencia, porque de algunas he salido manteado, y de otras molido; pero, con todo eso, es linda cosa esperar los sucesos atravesando montes, escudriñando selvas, pisando peñas, visitando castillos, alojando en ventas a toda discreción, sin pagar [...] el maravedí (I, 52).

Sin embargo, la faceta más importante que se va a ir haciendo manifiesta en Sancho es la riqueza de su imaginación, que se muestra en la facilidad para entrar y salir de mundos ficticios y en su capacidad para transformar hechos banales en acontecimientos extraordinarios. Es el caso de las cuchilladas con las que arremete don Quijote contra unos cueros de vino, escena en la que Sancho ve —y narra— la encarnizada batalla de su amo con el desaforado gigante Pandafilando de la Fosca Vista (I, 35). Más aun: en la Segunda Parte de la novela, Sancho hace gala de poder ya no transformar, sino crear y narrar portentos. De su vuelo sobre las ancas de Clavileño, que obviamente fue un embeleco más de los lacayos de los duques, Sancho regresa con este detallado relato de un viaje por los aires:

[...] será bien que vuestra señoría entienda que, pues volábamos por encantamento, por encantamento podía yo ver toda la tierra y todos los hombres por doquiera que los mirara; y si esto no se me cree, tampoco creará vuestra merced cómo, descubriéndome por junto a las cejas, me vi tan junto al cielo que no había de mí a él palmo y medio, y por lo que puedo jurar [...] que es muy grande además. Y sucedió que íbamos por parte donde están las siete cabrillas; y en Dios y en mi ánima [...] que así como las vi, ¡me dio una gana de entretenerme con ellas un rato! [...] y ¿qué hago? Sin decir nada a nadie, ni a mi señor tampoco, [...] me apeé de Clavileño, y me entretuve con las cabrillas, [...] casi tres cuartos de hora, y Clavileño no se movió de un lugar, ni pasó adelante (II, 41).

Podría decirse que este relato marca el punto más alto —y es bastante alto— que alcanza la imaginación de Sancho, una de cuyas consecuencias es que, en adelante, ya no habrá desacuerdos entre actos, palabras y proyectos de caballero y escudero. Así, don Quijote vencido y de regreso a la aldea, propone a Sancho “que nos convirtiésemos en pastores”, de aquellos de la ficción literaria, por supuesto, no de la realidad, “llamándome yo el pastor Quijotiz y tú el pastor Pancino, nos andaremos por los montes, por las selvas y por los prados, cantando aquí, endechando allí” (II, 67), lo que el escudero acoge con tal entusiasmo, que propone incluir en el proyecto al bachiller Sansón Carrasco, al cura y al barbero del pueblo. De ahí el reclamo airado de Sancho al amo moribundo:

—¡Ay! —respondió Sancho, llorando: [...] Mire no sea perezoso, sino levántese desahogada, y vámonos al campo vestidos de pastores, como tenemos concertado: quizá tras de alguna mata hallaremos a la señora doña Dulcinea desencantada, que no haya más que ver. Si es que se muere de pesar de verse vencido, écheme a mí la culpa, diciendo que por haber yo cinchado mal a Rocinante le derribaron; [...] vuestra merced habrá visto en sus libros de caballerías ser cosa



Fotografía de la obra *Los incontados: un tríptico*. Mapa Teatro. 2014. Fotógrafo: Felipe Camacho

ordinaria derribarse unos caballeros a otros, y el que es vencido hoy ser vencedor mañana (II, 74).

Podría concluirse que, cuando don Quijote aconseja al canónigo de Toledo leer los libros de caballerías y enumera las saludables consecuencias de esas lecturas, no está lejos de una descripción de algo parecido a lo que le viene sucediendo y seguirá sucediendo a Sancho. Dice el caballero manchego al sabio canónigo:

[...] lea estos libros, y verá cómo le destierran la melancolía que tuviere y le mejoran la condición, si acaso la tiene mala. De mí sé decir que después que soy caballero andante soy valiente, comedido, liberal, bien criado, generoso, cortés, atrevido, blando, paciente, sufridor de trabajos, de prisiones, de encantos (I, 50).

Sancho es absolutamente iletrado. Lo sabemos. También lo son los segadores que escuchan la lectura del *Felixmarte de Hircania* y otros libros de caballerías en la venta de Juan Palomeque. Oyen de aventuras imposibles en el ámbito de su estrecha experiencia, lo que no solo los divierte, sino que les permite asomarse a otras posibilidades de la vida humana. Más allá de la simple audición de aventuras caballerescas, Sancho es conducido por don Quijote a vivirlas en carne propia. Y si, como él mismo se lo aclara a su esposa, “de ciento que se encuentran, las noventa y nueve suelen salir aviesas y torcidas”, la vida en compañía del caballero —la sensatez de cuyos actos Sancho no deja de poner en duda—, y estos mundos posibles que le abre la ficción, hacen que se manifieste su capacidad de ir más allá del estrecho sentido común que encierra al aldeano. Le dan, además, oportunidad de hacer gala de su don de la palabra, de su sabiduría verbal. En efecto, el escudero también hace del lenguaje un instrumento que da vida a lo que supuestamente no existe, y a su comprensión de leyes y normas de un universo tan ajeno al suyo.

En fin, si como afirma Mario Vargas Llosa “el gran tema de *Don Quijote de la Mancha* es la ficción, su razón de ser, y la manera como ella, al infiltrarse en la vida, la va modelando, transformando”,¹ ¿qué mejor prueba de ello que Sancho Panza?

Referencia

- 1 Vargas Llosa. M. “Una novela para el siglo xxi”, en: *Don Quijote de La Mancha*, Edición del IV Centenario, F. Rico ed., R. A. E. / Asociación de Academias de la Lengua Española, 2004, Madrid, Alfabuara, 2004: xiii-xxviii.

Amalia Iriarte Núñez es profesora del Departamento de Literatura de la Universidad de los Andes. Escribió este texto para la *Agenda Cultural Alma Máter*.